

certámenes periódicos, en los cuales, bajo su dirección, los discípulos más aventajados pronunciaron discursos y sostuvieron tesis de grande importancia, que merecieron el honor de ser impresas en México y extractadas en varias publicaciones científicas de Europa. ¡Sistema sencillo al par que sumamente eficaz para estimular la noble emulación de la juventud, ávida siempre de gloria, muy digno de ser imitado en todas partes y en todos tiempos por los encargados de la enseñanza! Nos son conocidos de estos ejercicios, los verificados en 1788, 1789, 1792, 1793, 1794 y 1795,¹ en los cuales se dilucidan puntos muy importantes de la ciencia, ya considerada en sí misma, ya en relación á sus aplicaciones á la agricultura, á las artes, y sobre todo á las ciencias médicas, que Cervantes cultivaba con preferencia. Es más que probable que desde esta última época en adelante continuasen sucediéndose todos los años estas tareas literarias que tan buenos resultados habían producido; pero por causas á nadie ocultas, que expondrémos más adelante, nos hallamos privados de ellas, así como de otras muchas cosas que importan á la gloria de las letras españolas.

A más de las oraciones inaugurales ya mencionadas, leyó Cervantes en la sala del real estudio botánico de México (4 de Mayo de 1789) un discurso notabilísimo, en el cual demostró palpablemente la utilidad del método en el estudio de las plantas.

No podemos resistir al deseo de transcribir el párrafo final de este discurso, como

¹ Todos estos discursos, así como los pronunciados por Cervantes, de que hablamos más adelante, han sido publicados en extracto en el Memorial literario y Anuario de Ciencias naturales, á fines del siglo anterior y principios de este.

(Véanse más pormenores en Colmeiro, obr. cit.)

prueba fehaciente de la elegante dicción con que Cervantes engalanaba sus producciones, y de la elocuencia con que procuraba encender en el corazón de sus discípulos el fuego de la pasión científica que á él devoraba. Dice así: "Vosotros, aplicados jóvenes, á quienes se dirigen en primer lugar estos importantes avisos, con el fin de fijar en la docilidad de vuestros ánimos las referidas verdades; vosotros, que sois las tiernas plantas que darán algún día sazonados frutos á la patria y á la nación; vosotros, digo, seréis los primeros en confesar todo lo que llevo expuesto, luego que instruidos en los términos del arte, impuestos en la disposición de este sistema y familiarizados con su nomenclatura, os halláreis en proporción de seguir sin otro auxilio que el de vuestra aplicación, el ameno y deleitable estudio de la historia natural, de percibir y hacer os entender con los profesores más sabios, y de comunicar á beneficio del público la utilidad de vuestras observaciones, último fin á que deben dirigirse estas tareas."

Luego que en 1788 llegó Cervantes á México, dió principio á excursiones botánicas por las cercanías de aquella capital, ya con objeto de reunir materiales para el naciente jardín botánico, ya también para no demorar un instante siquiera el cumplimiento de la misión que había confiado á su pericia la voluntad del rey Carlos III. Estas excursiones fueron de un gran provecho para la ciencia en general, por el número prodigioso de especies descubiertas, y para la farmacia en particular, por el rico botín que sacó de estas conquistas, merced á las preferencias con que se dedicaba á su servicio. Buena prueba de ello la tenemos en la oración de apertura del curso en el año de 1791, en la cual trata

Cervantes de las plantas medicinales que crecen en las cercanías de México, siendo en verdad sorprendente que, en el espacio de tres años que llevaba de permanencia en aquel país, hubiese podido presentar una lista de más de 300 plantas medicinales; trabajo interesante y muy tenido en cuenta por los autores del *Ensayo para la Materia médica mexicana*, publicado en Puebla en 1832, y de donde sacó Neé, como con fundamento cree el Sr. Colmeiro, una *Lista de plantas medicinales que se hallan en el reino de México*, conservada por la familia Boutelou, de Sevilla.

En el año de 1790 remitió Cervantes al jardín botánico de Madrid la planta que sirvió á Cavanilles para formar el género *Dahlia*, que al principio contuvo solamente la especie enviada por aquel, según asegura Oriol Ronquillo, en su *Diccionario de Materia médica mercantil é industrial*.¹

En su incesante afán por los adelantos de la ciencia, pronunció Cervantes en 1794 otro discurso sobre las plantas que producen el *ule ó goma elástica*, llamada *cahuchú*, y en particular sobre una nueva especie conocida entre los indígenas con el nombre de *holquahilt* y descrita por él con el nombre de *Castilla ó Castilloa elástica*. Ofrece este trabajo la particularidad de haber servido de base y pretexto para una luminosa polémica sostenida en suplementos á la *Gaceta de Literatura de México* y en los ejercicios públicos de botánica, por Cervantes y sus discípulos de una parte y un autor pseudónimo por la otra. Creía este que la denominación de *Castilla elástica*, aplicada al árbol del *ule* no era conforme á los buenos principios de nomenclatura, defendiendo aquellos la afirmativa con abun-

¹ Obra publicada recientemente en Barcelona por dicho señor, que es farmacéutico en aquella ciudad.

dante copia de razones, cuya explicación ofrecían, si el pseudónimo contrincante se servía acudir á un certamen público, á que con tal objeto le retaban.

Por último, leyó Cervantes en 1798 otro discurso notable sobre la *Violeta estrellada y sus virtudes*, que como los anteriores fué publicado en extracto en los Anales de Ciencias naturales de Madrid algunos años después.

Otros muchos y muy interesantes trabajos publicó Cervantes, los cuales forman parte de curiosas bibliotecas, tanto nacionales como extranjeras,¹ siendo una verdadera lástima que ni el tiempo disponible ni los medios empleados hayan sido suficientes para poder exponerlos en este sitio, como una prueba patente de su sabiduría y una ofrenda humilde, pero digna de su gloria.

Más aunque fuera posible por un momento arrancar de la historia de Cervantes las doradas páginas donde constan los trabajos científicos ya enumerados, todavía le quedarían suficientes títulos para merecer el recuerdo honroso que le consagra en el día de hoy este ilustre colegio, con solo tener en cuenta la parte tan esencial y tan activa que tomó en los trabajos de la expedición botánica de aquellas regiones, y el juicio tan favorable que de su mérito han hecho sabios nacionales y extranjeros.

Los materiales reunidos en las continuas excursiones por las cercanías de México, formaban ya un rico depósito, capaz por sí solo de asegurar la reputación científica de los encargados de la expedición

¹ En poder del Sr. D. Miguel Pollo y Lorenzo, farmacéutico mayor de S. M., existen algunos trabajos de Cervantes, que hubieran sido puestos á disposición de este colegio, con la amabilidad que le distingue, á no haberle impedido su presencia indispensable al lado de S. M. en los reales sitios.

de Nueva-España, si de tal medio necesitasen Cervantes y Sessé para ocupar un distinguido lugar en las páginas de la ciencia. Sus aspiraciones, sin embargo, eran mas importantes; los trabajos practicados hasta entónces solo eran considerados por ellos como la base y el principio de otros que deseaban emprender en mayor escala. Escribieron á España con este motivo pidiendo autorizacion y recursos para llevarlo á cabo, y al advenimiento al trono del rey Carlos IV, lograron de este monarca lo que tenian solicitado. Sessé y Cervantes recibieron con grande júbilo noticia tan agradable; y sin perder un instante se ocuparon de organizar la expedicion, poniendo especial cuidado en dotarla de robustos elementos de duracion y de vida, así como de asentar sobre bases firmes las reglas de conducta á que cada cual habia de sujetarse en sus observaciones á fin de dar al conjunto de los trabajos la unidad necesaria al método, y á la seguridad del resultado. Al efecto se determinó que D. Vicente Cervantes quedase en México, con el triple encargo de continuar desempeñando la clase de botánica, dirigir interinamente el jardin botánico, y recibir y ordenar todos los trabajos que la expedicion se encargaba de remitirle desde cualquier punto donde se encontrase. Sessé, acompañado de Mociño y Maldonado, discípulos sobresalientes de Cervantes, así como de los acreditados artistas (dibujantes), Cerdá y Echeverría, partió á recorrer los principales puntos del continente americano, y muy especialmente las demas provincias de Nueva-España que aun no habia visitado. ¿Qué no debía esperarse de una expedicion científica tan bien organizada, y que contaba con los eficaces auxilios de profesores tan eminentes como Sessé y Cervantes, y discípulos tan entusiastas como Mociño y

Maldonado?..... Los estrechos límites á que debo ajustar mi discurso y la mayor ilustracion de los que se dignan escucharme, me privan de trazar, aunque fuese á grandes rasgos, la historia de esta importante expedicion y de las vicisitudes por que pasaron sus trabajos, sobre todo desde la retirada de aquella á España y la muerte de Sessé, acaecida hácia el año de 1809.

El ignorado paradero de muchos de ellos, la existencia de gran número en el jardin botánico de esta corte, y la preciosa coleccion de dibujos que sirvió al eminente De Candolle para la publicacion de su Flora, en la cual consigna el sobresaliente mérito de los trabajos de estas exploraciones, son otras tantas y muy evidentes pruebas que pudieran presentarse para acreditar su importancia.

Retirados á España Sessé y Mociño con los frutos de la expedicion, ocupado el gobierno en asuntos mas graves y perentorios, ocurrida la muerte del primero y obligado el segundo á emigrar al extranjero, tuvo Cervantes que resignarse á la desgracia de ver desaparecer en un solo dia lo que era el resultado de muchos años de cruel fatiga é innumerables horas de desvelo. Si es cierto, señores, que nada apaga tanto el entusiasmo del hombre como el hielo del desengaño; si es verdad que por una ley física, existe en el corazon de aquel un lugar sagrado, donde le es lícito depositar las obras de su inteligencia; si no puede negarse, en fin, el influjo que sobre el porvenir ejercen las amargas lecciones del pasado, no es de extrañar que tan poderosos motivos hayan tenido su parte en la falta de datos científicos referentes al último tercio de la vida de Cervantes, falta que forma en su biografía un paréntesis sensible, que acaso podrán borrar in-

vestigaciones ulteriores, hechas por mas hábiles manos que las mias.

Existian ademas en aquella época otros motivos poderosos que ejercieron su letal influencia sobre el progreso de las ciencias en España. La decadencia material por cuya pendiente resbalaban los intereses de la nacion al comenzar el siglo presente; la sangrienta guerra de la independenciam que absorbió mas tarde todos nuestros cuidados y atenciones; el torcido rumbo con que despues navegaban los asuntos políticos, en medio del agitado mar de las pasiones, desenvueltas por la incesante lucha de opuestas ideas que se disputaban el triunfo del porvenir; y sobre todo, la inconveniente preferencia dada al estudio de las ciencias político-sociales, que dejó olvidados é incultos los hermosos campos de la naturaleza, tales son tambien las causas que se deben tener presentes al aplicar el compas de nuestra crítica á los hechos de la historia, y á la medida de los hombres que en esta juegan algun importante papel.

Pero lo que mas conviene señalar aquí, y lo que mas realza á nuestros ojos el mérito de Cervantes, es el hecho de que á pesar de tan poderosos motivos de desaliento; de tan tristes desengaños y de tal cúmulo de contrariedades, jamas se apagó en él por un momento siquiera el fuego de su pasion por la ciencia que cultivaba.

Que Cervantes prosiguió en México sus tareas con el mismo afan y con igual provecho que hasta entónces, lo prueban los diferentes escritos que existen inéditos en España y en otras naciones de Europa, donde tenia sabios correspondientes, y pruébase ademas perfectamente en los *Fascículos* publicados por la Llave y Lejarza en aquella capital, en 1824 y 1825, en cuya obra se encuentran trabajos importantes debidos á su pluma.

Tambien es muy digno de tener en cuenta al hacer el elogio histórico de Cervantes, el juicio que de su mérito hayan hecho otros sabios de autoridad respetable. Ruiz y Pavon en el prefacio de su *Prodomo*, hablan con elogio de Cervantes, y dedican á su memoria un género de plantas con el nombre de *Cervantesia*, añadiendo las palabras siguientes: "Género dedicado á D. Vicente Cervantes, profesor de botánica del real jardin de México, que es el primero que enseña públicamente la botánica en América, con grande honor suyo "y concurso de sus discípulos."

Gomez Ortega en la segunda edicion de su «Curso elemental de Botánica» dice, que al hacerla ha tenido muy presentes las indicaciones de varios botánicos notables, entre los cuales menciona á Cervantes, incluyendo tambien en ella el género *Cervantesia*, dedicado á su memoria por los encargados de la expedicion del Perú y Chile, como queda dicho.

Don Miguel Colmeiro, en la obra ya citada, menciona algunos pormenores de la vida de Cervantes, da á conocer cuáles son sus principales discursos, y los que bajo su direccion leyeron sus discípulos, así como otros de los datos que constan en este escrito. Ya hemos indicado tambien el justo tributo de respeto que paga á su memoria y á la de sus compañeros de expedicion el eminente botánico Mr. De Candolle. Por último, debemos decir que Cervantes sostuvo relaciones científicas con muchos sabios españoles y extranjeros, entre los cuales podriamos citar á G. Ortega, Cavanilles, Lagasca, y sobre todo á Humboldt y Bonpland, con quienes trabó grande intimidad durante los diez y seis meses que estos célebres naturalistas estuvieron en México, reuniendo materiales para la publicacion de su grande obra; amistad que mantuvo

fresca durante el resto de sus días, merced á una activa correspondencia entre ambas partes.

Sus principales amigos en la capital de México eran el distinguido ingeniero de minas D. Fausto Elhuyar y el eminente naturalista y matemático D. José María Bustamante, en compañía de los cuales pasaba largas horas al día, empleadas en beneficio de la ciencia.

En sus últimos años soñaba Cervantes con la idea de trasladar el jardín botánico de México á un sitio más capaz y de mejores condiciones para el objeto. Tenía puestos sus ojos en el inmediato pueblo de Chapultepec, que se halla situado á la falda de un montuoso cerro, en el cual está el palacio donde hacían mansión los vireyes hasta verificar su entrada pública en la capital. Su excelente posición topográfica, la abundancia de sus aguas cristalinas y la grande extensión que ocupaba aquel terreno, eran todas condiciones muy abonadas en favor de su proyecto. Solicitó del gobierno el permiso y los medios para llevarlo á cabo, y tuvo la satisfacción de conseguir sin dificultad de ningún género todo lo que pretendía, habiendo dado principio á su proyecto con el mismo entusiasmo con que lo había hecho treinta y ocho años antes, á la creación del jardín antiguo.

Réstame solo, para concluir, decir dos palabras que den á conocer á nuestro profesor en sus relaciones con la familia y con la sociedad en que se hallaba.

Durante su permanencia en Madrid, y á poco de haberse examinado de farmacéutico, se unió en sagrados lazos de matrimonio con una señora, natural de Llorena, de la cual tuvo cuatro hijos llamados Mariana, Julian, Vicente y Antonio.

De ellos, el dicho Julian merece un digno recuerdo en este sitio, por haber sido

sobresaliente discípulo de su padre en la botánica, cuya enseñanza desempeñó por sustitución de este en varias ocasiones con un éxito muy feliz, como lo acredita la circunstancia de haber merecido que La Llave y Lejarza, en sus *Fascículos* ya dichos, le consagrasen un género de plantas con el nombre de *Juliania*. Pero obedeciendo más tarde á los naturales impulsos de su corazón, dejó el estudio de la botánica para dedicarse al exclusivo servicio de la Iglesia, cuando todavía era un joven de grandes esperanzas para la ciencia. Su hermana Doña Mariana estaba dotada de un talento para las ciencias poco común á las personas de su sexo. Eran, sobre todo, tan notables sus conocimientos en la astronomía, que en más de una ocasión no se desdeñó de hablar con ella acerca de dicha ciencia el grande Humboldt, en la época en que por su estancia en México frecuentaba la casa de sus padres. Casó, por fin, con Don Gaspar Ortiz Rodríguez, farmacéutico distinguido, natural de Almendralejo (Extremadura), en compañía del cual tuvo Cervantes, con grande y merecido crédito, una oficina de farmacia, sita en la primera calle del Relox (México), donde aun continúa en poder de un nieto suyo llamado Don Joaquín.

La paternal ternura de Cervantes para con su familia, y la constante solicitud con que procuraba formar el corazón y la inteligencia de los tiernos vástagos que el cielo le había concedido, formaban el encanto y la felicidad de aquel hogar doméstico, nunca alteradas por disensión alguna. De igual manera, con sus delicados y nobles sentimientos, con su suave y apacible trato, y exento de toda inmodesta presunción de sabio, supo conquistar y mantener incólume la amistad de todos los que llegaron á tratarle, sin que haya habido un

solo mexicano que se atreviese á mancillar su bien sentada reputación, aun en medio del general vilipendio con que en determinada época eran tratados los españoles.

Muy lejos de eso, cuando se inició el movimiento político que dió por resultado la independencia de México, cuando más tarde, durante la efervescencia de los ánimos, la honra de los españoles era el inocente blanco de la maledicencia y la calumnia, derramadas como cruel veneno en las planas de inmundos papeluchos, y cuando del seno de la asamblea nacional salía el decreto, privando á los españoles de todo cargo público y expulsándolos del territorio, una sola honra se conservó ileso, sola una persona mereció que en aquella misma asamblea se pidiese la palabra para solicitar una unánime excepción en favor suyo; esa persona fué nuestro compañero D. Vicente Cervantes, á quien los mexicanos querían demostrar al mismo tiempo cuán reconocidos se hallaban á sus servicios y cuál sería su pena si llegaba á abandonarlos.

Pero Cervantes, en aquella época, había cumplido ya 71 años, y su naturaleza, tan lozana un día, caminaba á largos pasos hacia el ocaso de la vida. Los finos cabellos que en otro tiempo adornaban su espaciosa frente, habían desaparecido uno á uno, arrebatados como secas hojas por la brisa de innumerables noches de vigilia. Era un vetusto árbol, cuyos brazos, cansados de llevar ópimos frutos, comenzaban á doblegarse bajo el insostenible peso de los años, y cuya copa, ántes erguida, se inclinaba en respetuoso saludo hacia la silenciosa morada de la tumba. En vano su vigoroso espíritu pugnaba por imprimir á la materia la actividad y la fuerza que en otro tiempo la habían hecho instrumento dócil de sus deseos; que, víctima de la insaciable muerte, iba por grados sucumbiendo á esta.

Cervantes conoció su estado, y con resignación natural esperó tranquilo el terrible momento de su fin, acaecido en 1829, habiendo dejado en el corazón de su familia un desconsuelo eterno, y en la memoria de sus profesores un honroso recuerdo que evocar, y un ejemplo de laboriosidad y de conducta que seguir.

He dado fin, señores, con la ayuda de vuestra benevolencia, al interesante trabajo que habeis encomendado á mis débiles fuerzas. Aunque en incorrectas frases y desaliñado estilo, he procurado ser el fiel intérprete de los sentimientos que os han animado al determinar que en este día, de glorioso recuerdo para el colegio, se leyese un elogio histórico del que en tiempo no lejano ha sido nuestro profesor y compañero. Si los resultados no han correspondido á las esperanzas concebidas; si después de lo que habeis oído os queda en el alma un inmenso vacío ó un remordimiento en la conciencia, yo me permitiré recordaros lo que este día significa para esta corporación, y lo que á propósito de solemnidades semejantes dice un pensador alemán¹. «Hay días en que la virtud ejerce en nosotros más influencia; días en que todo se perdona; en que todo lo puede uno sobre sí mismo; en que la alegría, esta hija del cielo, parece postrarse en nuestro corazón, y pedir á su padre que le deje permanecer en él por más tiempo; en que, finalmente, todo brilla á nuestros ojos con más vivo fulgor. Si en estos momentos se derraman lágrimas de placer, lo que sentimos es tan grande, que todo desaparece en torno nuestro.» —He dicho.

JOSÉ GARCÍA RAMOS.

¹ J. P. Richter.